

Bolaño y la trampa del exilioMaría Eugenia Fernández¹

Cristian David Ochoa Ávila, *Detectives distantes. Narrativa y exilio en la obra de Roberto Bolaño*, California, Editorial Académica Española, 2013, 185 páginas.

La escritura del chileno Roberto Bolaño (1953–2003) parece, en cada efectuación, un viaje permanente por un territorio salvaje que el lector atraviesa con la esperanza de calmar su sed en un oasis de sentido. Escritor y lector confluyen en una noción por demás debatida y estudiada en diversos ámbitos: el *exilio*. Tanto el oficio del escritor como el ejercicio del lector implican “aislarse” y “viajar”, aunque ello no requiera moverse literalmente hacia ninguna parte. Si bien este aspecto ha sido examinado extensamente en general, en el ámbito de la literatura latinoamericana y, en especial, en el caso de Bolaño, hasta 2010 son escasos los volúmenes críticos de autor único que hayan dedicado partes extensas al exilio en el proyecto escritural bolañiano. En 2013, el mexicano Cristian David Ochoa Ávila (1979) publica *Detectives distantes. Narrativa y exilio en la obra de Roberto Bolaño* donde aborda, entre otras cuestiones, el exilio desde lo temático y desde el leguaje. Este texto (producto de su tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos por parte de la Universidad Nacional Autónoma de

México) se estructura en seis capítulos: “Introducción”, “Recepción de la obra de Roberto Bolaño”, “Personajes ficticios y reales”, “Exilios”, “Palimpsestos” y “Posible conclusión”.

Regreso al título de O. Ávila, *Detectives distantes. Narrativa y exilio en la obra de Roberto Bolaño*, cuyos términos presentan un problema de índole teórica que se repite en un gran porcentaje de los títulos de artículos y volúmenes sobre este escritor: el uso de “narrativa” y “obra” para referirse a la producción bolañiana. Nombrar el conjunto de textos escritos por el chileno es tan complejo como el objeto mismo de investigación. Las palabras requieren de una selección especial ya que las categorías por momentos son ineficientes (o impertinentes) respecto de la escritura de Bolaño. Las nociones de obra, novela, cuento y aun narrativa a veces no parecen saturar zonas de un universo como el de Bolaño y creo que por ello resulta cómodo recurrir a términos como producción, texto, escritura, que indefectiblemente remiten a escritor/lector (escritura-lectura), tan patentizados en el caso que nos ocupa. Sentada esta consideración, el crítico mexicano parece utilizar el término “narrativa” con una intención abarcadora, que se orienta en una visión totalizante de un conjunto de textos que conforman dicho “universo” autorreferido, una visión que se impone sin dudas.

La segunda palabra ponderada en el título del volumen es *exilio*, uno de los aspectos profundizados por O. Ávila y que constituye el eje central de la cuarta parte. En la compilación póstuma *Entre paréntesis* (2004) se reúnen varios textos

¹ Profesora en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Contacto: eugeferna@gmail.com

de Bolaño cuya temática central es la cuestión del exilio homologado directamente a la literatura.² Los textos del chileno que más interesan al respecto y que O. Ávila retoma para su investigación son: *Literatura y exilio* y *Exilios*. En el primero, Bolaño aventura su concepción de viaje y exilio en tanto desplazamientos en la escritura y la lectura y no en tanto desplazamientos concretos justificando con el Tao Te King: “Sin salir de mi casa conozco el mundo” y con la literatura kafkiana, “la más esclarecedora y terrible del siglo XX que así lo demuestra hasta la saciedad” (43) ya que, se sabe, Kafka nunca salió de su pueblo natal. De modo que la concepción que Bolaño tiene del viaje y el exilio no se vincula solamente con los viajes “reales”, concretos, sino con la idea de que en la literatura, “sin salir uno de su propia casa, el exilio y el destierro se hacen presentes desde el primer momento” (43). En su segundo ensayo, *Exilios*, cita a Swift y comparte con él que “*exilio* es el nombre secreto de *viaje*” (49) y agrega que “toda literatura lleva en sí el exilio, lo mismo da que el escritor haya tenido que largarse a los veinte años o que nunca se haya movido de su casa. (...) ¿No seremos todos exiliados? ¿No estaremos todos vagando por tierras extrañas?” (49).

Para Bolaño, entonces, el exilio no conlleva movimientos geográficos sino desplazamientos en el espacio de la escritura-lectura: “existe el inmigrante, el nómada, el viajero, el sonámbulo, no el exiliado, puesto que todos los escritores por el solo hecho de asomarse a la literatura lo son, y todos los lectores, ante el solo hecho de abrir un libro, también los son” (51). Por lo tanto, surge una

interrogante: ¿es admisible hablar de exilio si el mismo Bolaño sostiene que en la literatura no existe el exiliado? O, paradójicamente, como todo escritor lo es solo por asomarse a la literatura, sí es posible reflexionar sobre el exilio en su escritura. O. Ávila se inclina, observo, por la segunda opción decidiendo hablar del exilio y no caer en la trampa de Bolaño que si bien afirma que no existe el exiliado en la literatura, titula sus textos “Literatura y exilio” y “Exilios”; éstos, como bien sostiene el crítico mexicano, son “una propuesta artística y el argumento de toda una literatura”, en fin, “un programa literario” (9).

En la “Introducción”, O. Ávila señala algunos peligros respecto de las metodologías de lectura: el problema central sería la necesidad del crítico de imponer “una teoría o un método para decodificar” a Bolaño, en lugar de “componer un sistema de lectura distinto de la teoría literaria convencional” (16). Los textos en consideración no resisten que se los someta “a una maquinaria crítica de elevada eficacia” (16) puesto que la intertextualidad que los sostiene los convierte en palimpsestos que implican una forma de lectura diversa. En el apartado “Modelos del lector” de esta introducción, O. Ávila parte de *El último lector* de Ricardo Piglia y desarrolla los tipos de lectores allí propuestos (el drogadicto, el criminal, el rebelde) que, según el crítico mexicano, son modelos sobre cuya base están contruidos los personajes de Bolaño (22). Esta hipótesis, que el autor no pone a prueba, sino que simplemente desliza, podría haber sido la de mayor importancia de su ensayo, ya que el concepto de lectura es primordial en la producción bolañiana resultando el motor de la escritura, el sostén de una poética fundada en la intertextualidad:

² Bolaño, Roberto (2004). *Entre paréntesis*. Barcelona: Anagrama.

diría, la lectura para el escritor chileno es el principio posible de la escritura.

El capítulo “Recepción de la obra de Roberto Bolaño” despliega una serie de apartados donde O. Ávila reflexiona, en primer lugar, sobre el posicionamiento de Bolaño respecto de la “literatura oficial”, y asevera que Bolaño “encuentra su posición natural en la tradición marginal” (27). Luego se dedica a la “Repercusión de la crítica” a partir de tres lectores de Bolaño que precisamente no son críticos, sino escritores: Carlos Franz, Jorge Volpi y Horacio Castellanos Moya; de la discusión con el primero, para quien Bolaño es un “faro generacional”, O. Ávila descubre una clave esencial:

...es sumamente extraño revelar como faro generacional y como último escritor latinoamericano a alguien que creía en las influencias más que en las pertenencias. A pesar de su extremo desarraigo, Roberto Bolaño nunca pasa por alto que se debe a toda la tradición que lo precede (37).

Esta cuestión medular, vinculada con la idea de exilio tal como la concebía Bolaño (un estado natural de quien se interna en la literatura) se profundiza en el capítulo “Personajes ficticios y reales”, donde O. Ávila remarca que Bolaño “construye su literatura de múltiples tradiciones y las maneja como algo no dado para siempre, las modifica constantemente y destruye la inmutabilidad que tiñe al modelo inviolable, oficial” (44). Otra hipótesis, introducida sin un análisis exhaustivo y quizás discutible por sus generalizaciones, sugiere, con palabras de Rodrigo Fresán, que el exilio es “*el tema* de la obra de Bolaño” (la cursiva lo señala como el único tema); O. Ávila refuerza la idea considerando que

el exilio era el tema, nunca la estrategia del escritor. Y eso es lo que le da su sello de distinción entre la tribu de autofabuladores. Como sus personajes, ya sea la esquiva Cesárea Tinajero de *Los detectives salvajes* o el escurridizo Benno Von Archiboldi de *2666*, Roberto Bolaño se mitificaba desapareciendo (63).

“Exilios” es el capítulo donde O. Ávila examina la poética de Bolaño a la luz de dicho concepto: en principio se encarga de introducir las modificaciones que ha sufrido la noción de exilio, desde ser considerado por los romanos “un castigo impuesto por razones políticas” hasta convertirse en “una condición humana” que “en los escritores migrantes o exiliados del periodo finisecular del siglo XX” implica la “convicción de ser apátridas” puesto que sólo tienen “como patria sus bibliotecas, sus máquinas de escribir o sus ordenadores” (80-81). Bolaño entendía que la patria de un escritor es su lengua y, en este sentido, se ajusta al concepto de “lo apátrida” definido por el crítico mexicano como “una suerte de supranacionalidad, una patria común (la de la lengua española, pero también la de la ficción) que borra fronteras” (85). El exilio, en sentido amplio y más vinculado al viaje que implica la literatura, alcanza al lector quien, en busca de significados, se interna en un “paseo trashumante en una inconsciente búsqueda del sentido total” y, así, según O. Ávila, “Bolaño logra que su lector, por más territorializado que esté, se convierta al exilio, al extrañamiento, a la ajenidad” (89). La incertidumbre, término usado en varias ocasiones en esta tesis, es una clave nodal, pienso, que vincula directamente un sentido concreto de “exilio” con una poética que aborta categóricamente una estética de final que reivindique el significado contundente y efectista:

“[Bolaño] elige jugar con la expectativa y defraudarla: en eso cifra su juego estético (...). Queda sólo la trashedancia, la concreción del viaje sin destino” (89). Bajo el subtítulo “Exilios salvajes” perteneciente a este capítulo, luego de señalar que “la escritura de Bolaño ha sido considerada como un entramado complejo de citas sobre citas, intertextos, metatextos, circuitos de intensidades” (115), O. Ávila da con la pregunta elemental: “¿Qué significa el exilio en la narrativa de Bolaño?” (116); la respuesta (probable pero que debe ser puesta a consideración de los lectores, pues no surge de un análisis textual exhaustivo) indica que “el desplazamiento, el desarraigo, el destierro y la condición escéptica del *jet lag*, son aspectos protagónicos de la escritura mencionada, toda vez que posibilitan leer también la historia política de la cultura latinoamericana y mundial” (116).

El último capítulo, “Palimpsestos”, introduce un concepto proveniente de la matemática que a O. Ávila le resulta operativo para describir la forma en la que se articula “la obra entera de Bolaño” (134): la *fractalidad* es un término que designa “la propiedad que ciertas figuras compuestas por una multitud de elementos tienen de preservar el mismo aspecto, cualquiera que sea la escala en que se observen” (133). Con esta noción se intenta definir el modo en que la escritura de Bolaño “parece articular una especie de trasgresión en la que los géneros se integran indistintamente” (134); a modo de ejemplo, el crítico mexicano menciona la novela *Los detectives salvajes* (1998) y describe un proceso que, creo, puede extenderse a toda la producción bolañiana:

resulta tan plausible segregar distintas piezas, dotándolas de una relativa autonomía, como agregarles otras nuevas, independientemente constituidas. La parte funciona como el todo, alcanzándose en cada ocasión una configuración nueva, en absoluto redundante pero sí insistente y sondeadora de un mismo territorio de ficción, que determina una constante temática y estilística (134).

Así, para O. Ávila, la *fractalidad* es un sinónimo de palimpsesto cuyo “resultado es infinito y es pasmosa la inmensidad de conexiones y resonancias” (153), y, a su vez, se asimila el concepto de “palimpsesto” al de “intertextualidad”. Finalmente, en este capítulo encontramos en su último apartado, “Detectives distantes”, la referencia a las dos primeras palabras elegidas para el título del volumen. Allí, O. Ávila se ocupa de la influencia del género policial y la sabida trasgresión que Bolaño ejerce sobre este género a través de sus textos.

Los volúmenes críticos publicados en papel sobre la producción de Roberto Bolaño comprenden actualmente, por un lado, un creciente número de compilaciones de artículos y reseñas de varios autores en cuyas intervenciones predominan los cortes sociológico y biográfico, y, por otro, un número reducido de volúmenes de autor único en los que impera la intención de abarcar la totalidad de la producción bolañiana así como de indagar qué tipo de escritor fue y cómo lo leen sus contemporáneos. En este segundo grupo, *Detectives distantes. Narrativa y exilio en la obra de Roberto Bolaño* de O. Ávila es un aporte que desde su propuesta de visión totalizadora de la escritura bolañiana a partir del concepto de “exilio”, y más allá de ciertas carencias, como algún análisis exhaustivo en ciertas zonas, resulta de interés, en especial porque pone en escena el exilio,

como forma de escribir y de leer, y el palimpsesto, como recurrencia al infinito a múltiples resonancias textuales, que propician preguntas y la tentativa de

respuestas desde este foco ineludible entre los escritores latinoamericanos contemporáneos.